DT 06 12

En sus sinfonías, Schubert no supo salir de las formas clásicas, inadecuadas para expresar el desarrollo del espíritu romántico, y ese es el secreto de la incompleta. Berlioz, tres años después de la novena de Schubert, acabó con esas formas de un solo golpe. Lo más asombroso de su fantástica sinfonía es la fecha, 1830, oyéndola diríase de la misma hornada que Mussorgsky, Borschak o Tchaikovsky, que son de finales de siglo.

En el siglo romántico, el Berlioz de la sinfonía fantástica parece posterior a casi todos, y es anterior a casi todos, incluso a sus otras obras. La sinfonía fantástica da esta sensación tan tremenda de anticipación porque, a pesar de haber tenido una gran influencia en la historia de la música, no la tuvo en la de la sinfonía. Incluso algunas sinfonías de finales de siglo, que parecen seguir el camino abierto por Berlioz, se atienden más a los modos clásicos.

Y porque se olvidan algunas características de la música que más influyó sobre Berlioz. La de Gluck, otra anomalía en la historia de la música, la de Beethoven, del que nadie se acordaba tres años después de su muerte y que era el dios de Berlioz, y la de Bébel, y aunque nadie lo sepa, la de Rossini. Con la sinfonía fantástica, el viento del romanticismo sopla de pronto con furia constante sobre el siglo asombrado.

Y es por primera vez la otra cara del romanticismo, la cara violenta y fantástica, la del estudio revolucionario de Chopin, que extrañó pero en una entera sinfonía. Desde el estreno de la sinfonía fantástica no se ha dejado de discutir si Berlioz componía bien o mal. Pero sobre una cosa hay acuerdo general.

Berlioz es uno de los mayores maestros de la instrumentación y la gran orquesta moderna nace con él. Y si la fantástica no tiene la perfección armónica, la grandeza y la importancia de las grandes obras clásicas y es una sinfonía sui generis, es sin duda una obra muy bella y la historia ha dado, a su modo, una respuesta a los críticos. La sinfonía fantástica es una de las obras mejor establecidas en el repertorio.

La sinfonía fantástica tiene un programa literario que se repartió abundantemente hasta en los cafés el día de su estreno. Berlioz era un personaje extravagante, un romántico profesional, un escritor prolífico y notable, y los tiempos eran así en París. 1830 fue el año de la batalla de Hernani.

Con muy buen criterio Berlioz retiró después el programa, que todavía se encuentra en algunas fundas de discos. Perseverare diabolicum, porque la fantástica tiene este adecuado título y sus cinco movimientos también los tienen, pero no es una novela musical sino una sinfonía y como tal hay que escucharla. Los problemas de interpretación de la sinfonía fantástica son sobre todo dos.

El primero es una partitura muy precisa que exige una ejecución técnicamente perfecta. El segundo es no hacer de ella una especie de poema sinfónico salvaje llamado episodio de la vida

de un artista, sino una sinfonía. Algunas, como las de Münch con la sinfónica de Boston, la de Monteux, Argenta o Bicham, son históricas por haberlo conseguido.

Entre las modernas hay dos grabaciones de referencia reeditadas en compacto, la de Abado con la sinfónica de Chicago y la que estamos oyendo del gran intérprete de Berlioz que es Colin Davies con la orquesta del concierge Bau.